



Evangelio de este Domingo

La casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7, 21-27

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo.

Aquel día, muchos dirán: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?"

Yo entonces les declararé: "Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados". El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca.

El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.»

Contenidos de la Hoja Semanal:

- **Evangelio:** San Mateo 7, 21 – 27.
- **Testimonio:** San José Benito COTTOLENGO.
- **Magisterio:** C.V.II. Dei Verbum (DV, 17-19). El Nuevo Testamento.
- **Tradición:** San Clemente I, Papa y Padre de la Iglesia.

San José Benito Cottolengo

Nació el 3 de mayo de 1786 en Italia. El 8 de junio de 1811 fue ordenado. Doctorado en Teología en 1816. El 2 de septiembre de 1827 vivió una experiencia que marcaría su vida; una humilde mujer de origen francés, en viaje de Milán a Lyon con su esposo y sus tres hijos, llamó a su parroquia en busca de auxilio. La mujer, gravemente enferma y encinta de seis meses, necesitaba urgente atención. Benito la condujo hasta el cercano hospital, pero allí le dijeron que, porque era extranjera, no podía ser internada. Fueron a otro hospital, y a varios más, con los mismos resultados. La mujer expiró en los brazos de Benito tras una larga agonía y mucho sufrimiento. Los rostros desolados del marido y sus tres niños causaron un gran desconsuelo en él. *«Esto no puede volver a ocurrir. Debo hacer algo para que la gente desamparada tenga un sitio al que acudir»*, pensó Benito.



El 17 de enero de 1828 alquiló una sencilla habitación y en ella instaló cuatro camas, abriendo de esa manera un pequeño hospital llamado la «Valle Rossa». Lo asistían un médico y un farmacéutico, bajo la dirección de doña Mariana Nasi Pullini, que había hecho los primeros aportes económicos. La institución al cabo de tres años contaba 10 internos y 170 asistentes.

En 1831 estalló en Turín una epidemia de cólera. Las autoridades, temiendo que el hospital se convirtiera en un centro de propagación de la epidemia, lo cerraron y dejaron a los pobres enfermos totalmente desamparados. Lejos de amilanarse, Cottolengo se encaminó a las afueras de la ciudad, y allí fundó la Pequeña Casa de la Divina Providencia que, habría de convertirse en un magnífico hospital con capacidad para 10.000 pacientes. Una obra tan espectacular que un escritor francés de visita en Turín en aquellos días manifestó asombrado: *«Esto es la universidad de la caridad cristiana»*.

El Padre Cottolengo jamás se preocupó de las cuentas; su única preocupación era emplear en su obra todo lo que tenía día a día. El mañana lo dejaba a la Providencia, en la que confiaba profundamente: como tantas veces iba a suceder, una mañana, no había nada para los pacientes; el santo, al enterarse, se retiró con sus religiosas y algunos enfermos a rezar y, mientras oraba, cerca del medio día, se detuvieron frente al hospicio varios carros del ejército con el almuerzo que los regimientos no iban a utilizar por encontrarse en maniobras a mucha distancia.

Tanto trabajo minó la salud de Cottolengo. En 1842 el tifus se abatió sobre Turín. San José Benito enfermó y el 30 de abril falleció, a los 56 años de edad.

C.V. II. Dei Verbum (DV, 17-19).Cap. V.: E Nuevo Testamento

17. La palabra divina que es poder de Dios para la salvación de todo el que cree, se presenta y manifiesta su vigor de manera especial en los escritos del Nuevo Testamento. *Pues al llegar la plenitud de los tiempos el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad.* Cristo instauró el Reino de Dios en la tierra, manifestó a su Padre y a Sí mismo con obras y palabras y completó su obra con la muerte, resurrección y gloriosa ascensión, y con la misión del Espíritu Santo. *Levantado de la tierra, atrae a todos a Sí mismo, El, el único que tiene palabras de vida eterna.* Pero este misterio no fue descubierto a otras generaciones, como es revelado ahora a sus santos Apóstoles y Profetas en el Espíritu Santo, para que predicaran el Evangelio, suscitaran la fe en Jesús, Cristo y Señor, y congregaran la Iglesia. De todo lo cual los escritos del Nuevo Testamento son un testimonio perenne y divino.



18. Nadie ignora que entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, *los Evangelios ocupan, con razón, el lugar preeminente, puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador.* La Iglesia siempre ha defendido y defiende que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

19. La Santa Madre Iglesia firme y constantemente ha creído y cree que los cuatro referidos Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día que fue levantado al cielo. Los Apóstoles, ciertamente, después de la ascensión del Señor, predicaron a sus oyentes lo que El había dicho y obrado, con aquella crecida inteligencia de que ellos gozaban, amestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad. Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se trasmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias, reteniendo por fin la forma de proclamación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron, pues, sacándolo ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes *"desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra"* para que conociéramos *"la verdad"* de las palabras que nos enseñan (cf. Lc., 1,2-4).

SAN CLEMENTE I, Papa y Padre de la Iglesia

Nacido en Roma, fue elegido como tercer sucesor de san Pedro hacia el año 88, murió, mártir según la tradición, en la época de Trajano, entorno al año 97.

Durante su papado se restableció el uso de la Confirmación según el rito de san Pedro y se empieza a emplear la palabra AMEN en las ceremonias religiosas.

Como obispo de Roma, escribió una importante carta a la Iglesia de Corinto, carta que tenía por objeto restablecer entre ellos la paz y la concordia. En realidad, la carta no hace sólo mención a la grave situación de desobediencia de algunos fieles, sino que es toda una carta pastoral, llena de recomendaciones y propuestas de actuación colectivas, pero también personales. Su intervención en un asunto particular de otra Iglesia indica la preeminencia que ya entonces parecía ostentar Roma sobre las demás iglesias.



Prueba de ese contenido pastoral lo podemos observar en su insistencia en la necesidad de anteponer las buenas obras a las palabras:

«Revistámonos de concordia, manteniéndonos en la humildad y en la continencia, apartándonos de toda murmuración y de toda crítica y manifestando nuestra justicia más por medio de nuestras obras que con nuestras palabras. (...) Es necesario que estemos siempre dispuestos a obrar el bien, pues todo cuanto poseemos nos lo ha dado Dios. Él, en efecto, ya nos ha prevenido, diciendo: Mirad, el Señor Dios llega, y viene con él su salario para pagar a cada uno su propio trabajo. De esta forma nos exhorta a nosotros a que, sin pereza ni desidia, nos entreguemos al ejercicio de las buenas obras».

«El nos enseñó que debemos redituárle frutos de todas las virtudes que sembró en nosotros al crearnos. Y el primero de estos preceptos es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, ya que él nos amó primero, desde el principio y antes de que existiéramos. Y ama a Dios el que guarda sus mandamientos, como dice él mismo: Si me amáis, guardaréis mis mandatos. Pero el amor verdadero no se practica sólo de palabra, sino de verdad y con obras (...) Devolvámosle a nuestro Dios y Padre su imagen inviolada con nuestra santidad, ya que él ha dicho sed santos, porque yo soy santo; con nuestro amor porque él es amor, como atestigua Juan Dios es amor y con nuestra bondad y fidelidad, ya que él es bueno y fiel».